

I Domingo de Adviento

Año B

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa

(Mc 13,33-37)

ANTÍFONA DE ENTRADA ((Sal 24,1-3)

A ti, Señor, levanto mi alma: Dios mío, en ti confío; no quede yo defraudado; que no triunfen de mí mis enemigos, pues los que esperan en ti no quedan defraudados.

ORACIÓN COLECTA

Dios todopoderoso, aviva en tus fieles, al comenzar Adviento, el de salir al encuentro de Cristo, acompañados por las buenas obras, para que, colocados un día a su derecha, merezcamos poseer el reino eterno.

PRIMERA LECTURA (Is 63, 16b-17. 19b; 64, 2b-7)

¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

Lectura del libro de Isaías

Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es «Nuestro redentor». Señor, ¿por qué nos extravías de tus caminos y endureces nuestro corazón para que no te tema? Vuélvete, por amor a tus siervos y a las tribus de tu heredad. ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases, derritiendo los montes con tu presencia! Bajaste. y los montes se derritieron con tu presencia, jamás oído oyó ni ojo vio un Dios, fuera de ti que hiciera tanto por el que espera en él. Sales al encuentro del que practica la justicia y se acuerda de tus caminos. Estabas airado, y nosotros fracasamos-aparta nuestras culpas, y seremos salvos. Todos éramos impuros, nuestra justicia era un paño manchado; todos nos marchitábamos como follaje, nuestras culpas nos arrebatában como el viento. Nadie invocaba tu nombre ni se esforzaba por aferrarse a ti; pues nos ocultabas tu rostro y nos entregabas en poder de nuestra culpa. Y, sin embargo, Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú el alfarero: somos todos obra de tu mano.

SALMO RESPONSORIAL (Sal 79, 2ac y 3b. 15-16. 18-19)

R/. *Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve.*

Pastor de Israel, escucha,
tú que te sientas sobre querubines, resplandece.
Despierta tu poder y ven a salvarnos. **R/.**

Dios de los ejércitos, vuélvete:
mira desde el cielo, fíjate, ven a visitar tu viña,
la cepa que tu diestra plantó,
y que tú hiciste vigorosa. **R/.**

Que tu mano proteja a tu escogido,
al hombre que tú fortaleciste.
No nos alejaremos de ti; danos vida,
para que invoquemos tu nombre. **R/.**

SEGUNDA LECTURA (Co 1,3-9)

Aguardamos la manifestación de nuestro Señor Jesucristo

Lectura de la primera carta del apóstol san Pablo a los Corintios

Hermanos: La gracia y la paz de parte de Dios, nuestro Padre, y del Señor Jesucristo sean con vosotros. En mi acción de gracias a Dios os tengo siempre presentes, por la gracia que Dios os ha dado en Cristo Jesús. Pues por él habéis sido enriquecidos en todo: en el hablar y en el saber; porque en vosotros se ha probado el testimonio de Cristo. De hecho, no carecéis de ningún don, vosotros que aguardáis la manifestación de nuestro Señor Jesucristo. Él os mantendrá firmes hasta el final, para que no tengan de qué acusaros en el día de Jesucristo, Señor nuestro. Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro. ¡Y él es fiel!

ACLAMACIÓN AL EVANGELIO (Sal 84,8)

R/. Aleluya, aleluya

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación.

R/. Aleluya, aleluya

EVANGELIO (Mc 13,33-37)

Velad, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa

Lectura del santo evangelio según san Marcos

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje y dejó su casa, y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el dueño de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer; no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros lo, digo a todos: ¡Velad!»

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Acepta señor, este pan y este vino, escogidos de entre los bienes que hemos recibido de ti, y concédenos que esta Eucaristía, que nos permites celebrar ahora en nuestra vida mortal, sea para nosotros prenda de salvación eterna.

ANTÍFONA DE COMUNIÓN (Salmo 84,13)

El Señor nos dará sus bienes y nuestra tierra dará su fruto

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Señor, que fructifique en nosotros la celebración de estos sacramentos, con los que tú nos enseñas, ya en nuestra vida mortal, a descubrir el valor de los bienes eternos y a poner en ellos nuestro corazón.

Lectio



Vigilancia ante la venida de Jesucristo
Volverá por sorpresa pero ciertamente volverá

El Adviento es el tiempo litúrgico en el cual nos preparamos para celebrar la Navidad, como conmemoración de la primera venida del Hijo de Dios entre los hombres y, a la vez, un tiempo en el cual, mediante esta celebración, la fe se dirige a la segunda venida del Señor Jesús, al final de los tiempos. Por estos dos motivos, el Adviento es un tiempo de alegre y confiada espera.

Es por ello que en este tiempo litúrgico podemos distinguir dos periodos. El primero de ellos, desde el primer domingo de Adviento hasta el 16 de diciembre, aparece con mayor relieve el aspecto escatológico y se nos orienta hacia la espera de la venida gloriosa de Cristo. El segundo periodo, que abarca desde el 17 hasta el 24 de diciembre inclusive, se orienta más directamente a la preparación de la Navidad.

En orden a hacer sensible esta doble dimensión, la liturgia suprime durante el Adviento una serie de elementos festivos. De esta forma, en la misa ya no rezamos el Gloria, se suprime la música con instrumentos, los adornos festivos, las vestiduras son de color morado; el decorado de la Iglesia es más sobrio, etc. Todo esto es una manera de expresar tangiblemente que, mientras dura nuestro peregrinar, nos falta algo para que nuestro gozo sea completo. Y es que quien espera es porque le falta algo. Cuando el Señor se haga presente en medio de su pueblo, habrá llegado la Iglesia a su fiesta completa, significada por la solemnidad de la fiesta de Navidad.

El tiempo de Adviento tiene una duración de cuatro semanas. Comienza el domingo más cercano al 30 de noviembre, y se prolonga hasta la tarde del 24 de diciembre, en que comienza propiamente el tiempo de Navidad.

Introducción

Este domingo comenzamos la lectura del Evangelio de Marcos, que se prolonga durante todo el año litúrgico 2014-2015. El pasaje escogido para este primer domingo de Adviento es la conclusión del discurso final de Jesús, en el cual los discípulos son invitados a la perseverancia en la espera de su venida.

Nos encontramos con el tema de *la vigilancia*, en el cap. 13 de Marcos, cuando Jesús está anunciando a sus discípulos la destrucción del Templo y de la ciudad de Jerusalén y precisamente antes del capítulo 14 de la Pasión-muerte y Resurrección del Señor.

El Templo, signo tangible de la presencia de Dios en medio de su pueblo elegido. *Jerusalén*, la ciudad “bien unida y compacta” adonde “suben juntas las tribus del Señor, para alabar el

nombre del Señor” (Salmo 122, 4), todo esto, signo seguro de la promesa hecha a David, signo de la alianza, todo esto irá a la ruina... es sólo un signo de algo que sucederá en el futuro.

Los discípulos llenos de curiosidad piden al Señor sentado en el monte de los Olivos, frente al Templo: “Dinos, ¿cuándo sucederá eso y cuál será el signo de que todas estas cosas están por cumplirse? (Mc 13, 4).

A esta pregunta, usando el estilo apocalíptico judaico inspirado en el profeta Daniel, Jesús se limita sólo a anunciar las señales premonitoras (falsos cristos y falsos profetas que con engaño anunciarán la venida inminente del tiempo, persecuciones, señales en las potencias del cielo.(Mc 13, 5-32), en cuanto al día y a la hora, ninguno los conoce, ni los ángeles del cielo, y ni siquiera el Hijo, sino sólo el Padre (Mc 13, 32).

Jesús nos da a todos, hoy, una parábola muy cortita. Es seguro que el Dueño de la casa va a venir y, no sabemos cuando, está lejos de su casa, pero se respira el clima del retorno. Volverá por sorpresa pero ciertamente volverá. Podrá ser en medio de la tiniebla o cuando resplandezca el sol. Dios está en marcha, llegando a su casa, con su familia, entre los suyos (*vino a su casa y no la acogieron* Jn 1, 11). No deja de sorprender que en cinco versículos se insista tanto en el imperativo “vigilad”, “orad”. Nuestra reacción no puede ser la del sueño, la indiferencia o la pereza. Los siervos tienen todos, cada uno, una labor y el portero a “vigilar” (v. 34). Esta es la actitud ideal para acoger al Señor, la vigilancia, señal de prontitud, de búsqueda, de tensión, de amor hacendoso.

Realmente el Señor nos visita y le duele que no lo hayamos comprendido. Lloro sobre Jerusalén: si al menos tú hubieras comprendido lo que te lleva a la paz, en cambio no has conocido el tiempo en que has sido visitada (Lc 19, 41-44). Cristo viene a nosotros continuamente y de mil maneras, *en cada persona y sobre todo en los más necesitados* («*lo que hicisteis a uno de estos, a mí me lo hicisteis*» Mt 25,31); Estar vigilante significa tener la fe despierta para saber reconocerle. Todo lo que nos sucede, agradable o desagradable, es una venida de Cristo. Vigila quien está despierto, quien pone atención para comprender las señales que Él nos envía. Velar es esperar. A veces estamos desanimados, es como si estuviéramos muertos y es que el pecado mayor es no esperar lo suficiente, no confiar bastante en el amor que Dios nos tiene, no contar con Él, no dejar que Él entre en nuestras cosas. Él, de hecho, nos visita y realiza en nosotros maravillas. El profeta Isaías en la primera lectura nos recuerda que somos obra de sus manos y que ningún otro dios ha hecho cosas tan grandes para quien espera y confía en Él. (Is 64, 3).

A menudo Jesús pedía a los suyos que vigilaran. En el huerto de los Olivos, en la tarde del jueves, antes de la pasión, el Señor dice a Pedro, Santiago y Juan: “Quedaos aquí y velad conmigo” (Mc 14, 34; Mt 26,38). La vigilancia nos ayuda a no caer en la tentación (Mt 26,41) y a permanecer despiertos. En el huerto de los Olivos los discípulos duermen porque la carne es débil aunque el espíritu está pronto (Mc 14, 38). Quien se duerme va a la ruina, como Sansón que se deja adormecer, perdiendo así la fuerza, don del Señor (Jc 16, 19). Se necesita estar siempre despiertos y no adormilarse, sino vigilar y orar para no ser engañados, acercándose así a la propia perdición (Mc 13, 22; Jn 1, 6). Por eso “despierta tú que duermes, levántate de entre los muertos y Cristo te iluminará” (Ef 5,14).

La vigilancia es la característica del cristiano. Es necesaria para estar siempre en grado de escoger bien lo que es eterno y anteponer lo que de verdad vale la pena. La persona que sabe escoger bien vive bien la vida y se la juega plenamente.

Pensemos en un niño que espera a su padre, y a su llegada se echa en sus brazos, está con su padre y han desaparecido todos sus problemas. Si hay obstáculos el niño los supera con su padre. No mira al obstáculo que tiene delante, el niño clavará sus ojos en los de su padre. Esto es velar. Si te abandonas de esta forma, estás en una condición grande, estás en una fiesta sin fin

porque descubres todo lo positivo. La vida es este vigilar, es echarse en los brazos del Padre. Ésta es la actitud de la espera, saber que estás con tu Padre.

No se trata de esperar en este Adviento a que llegue alguien sino de poner nuestra atención en nuestro Esposo y Señor que viene a sorprendernos, a llenarnos de su paz. Y ¡qué paz tan grande! Cuando llegue, ocupados en la labor que nos ha encomendado, le acogeremos con los brazos abiertos porque estamos, en el lugar, y en el momento apropiado para recibir su abrazo. Los “siervos” y el “portero” (Mc 13,34) a la llegada del dueño no mirarán ya a los signos, sino que se complacerán en el mismo dueño: “He aquí que llega el Esposo, salid a recibirlo” (Mt 25,6; Mc 2,19-20).

Apéndice

CATECISMO DE LA IGLESIA

Adviento, actualización de la espera del Mesías

524: Al celebrar anualmente la liturgia de Adviento, la Iglesia actualiza esta espera del Mesías: participando en la larga preparación de la primera venida del Salvador, los fieles renuevan el ardiente deseo de su segunda Venida.

¡Estad en vela, vigilantes!

2612: En Jesús «el Reino de Dios está próximo», llama a la conversión y a la fe pero también a la vigilancia. En la oración, el discípulo espera atento a Aquel que «es y que viene», en el recuerdo de su primera venida en la humildad de la carne, y en la esperanza de su segundo advenimiento en la gloria. En comunión con su Maestro, la oración de los discípulos es un combate, y velando en la oración es como no se cae en la tentación.

2730: Mirado positivamente, el combate contra el yo posesivo y dominador consiste en la *vigilancia*. Cuando Jesús insiste en la vigilancia, es siempre en relación a Él, a su Venida, al último día y al «hoy». El esposo viene en mitad de la noche; la luz que no debe apagarse es la de la fe: «Dice de ti mi corazón: busca su rostro» (*Sal 27,8*).

2849: Pues bien, este combate [contra la tentación] y esta victoria sólo son posibles con la oración. Por medio de su oración, Jesús es vencedor del Tentador, desde el principio y en el último combate de su agonía. En esta petición a nuestro Padre, Cristo nos une a su combate y a su agonía. La vigilancia del corazón es recordada con insistencia en comunión con la suya. La vigilancia es «guarda del corazón», y Jesús pide al Padre que «nos guarde en su Nombre» (*Jn 17,11*). El Espíritu Santo trata de despertarnos continuamente a esta vigilancia. Esta petición adquiere todo su sentido dramático referida a la tentación final de nuestro combate en la tierra; pide la perseverancia final. «Mira que vengo como ladrón. Dichoso el que esté en vela» (*Ap 16,15*).